

la culpabilidad general; sólo entonces creían los paganos poder entregarse al júbilo. Cuando el pueblo se reúne para deliberar acerca de su felicidad ó de su desgracia; cuando el ejército deja el suelo de la patria querida para detener en su marcha al perturbador de la paz; cuando toma posesión de su cargo aquel á quien los ciudadanos confiaban lo más precioso que tenían, los destinos de la patria, su primer pensamiento era siempre hacer la confesión de sus pecados, derramando sangre, y conciliarse el favor de la divinidad. Por inflexible que su orgullo sea, saben á lo menos que, cuando necesitan de la protección del cielo, tienen que empezar por humillarse ante él. Jamás lo confesaron con palabra; pero de hecho, con sus actos, confesaron que el hombre, una vez caído, no se atreve á presentarse delante de Dios, si no es llevando en los labios la confesión de su falta, cualesquiera que sean las peticiones que le haga: también por esta razón y á pesar de todas las prevaricaciones no le ha rechazado jamás Dios enteramente.

Lo más duro que en la tierra conocemos es el diamante; resiste al fuego, desafía al martillo, mella el corte del acero; únicamente en la sangre, dicen los antiguos, pierde su fuerza inflexible. <sup>(1)</sup> Lo más duro que hay para nosotros es el yugo á que estamos sujetos como hijos de Adán desde que nacemos hasta la hora de la muerte; <sup>(2)</sup> es la conciencia de la propia falta; es el temor á la poderosa cólera del Dios justo ofendido. Ningún acero corta sus cadenas; ningún fuego las funde, porque son más fuertes que el hierro, más duras que el diamante. Una sola cosa las ablanda y nos liberta: la confesión de nuestra propia culpa, la fe en la sangre redentora, la única que borra el pecado, la sangre de aquel de quien se dijo: «Él rompió en su sangre la dura cadena de la maldición». <sup>(3)</sup>

(1) Plinio, *Hist. nat.*, 37, 15, (4) 4. Jerónimo, *Amos*, 7, 7. Isidoro Hispal., *Origines*, 16, 13; *Parzifal*, 105, 18 y sig. (Bartsch, 2, 1402 y sig.) Hartmann., *Erec.*, 8436 y sig. Hugo von Langenstein, *Martina*, 50, 58 y sig. (Keller, 125).

(2) *Eccle.*, 40, 1.

(3) Heinrich, von Meissen (*Frauenlob*), *Unser Frouwen leich*, 20, 15 (Ettmüller, 15). Hugo von Langenstein, 8, 108 y sig. (Keller, 20.)

## APÉNDICE

DETALLES COMPLEMENTARIOS RELATIVAMENTE Á LA IDEA DE LA REPRESENTACIÓN EN EL SACRIFICIO SANGRIENTO Y EN EL SACERDOCIO

1. Diferentes tentativas hechas para explicar el sacrificio.—No tenemos intención de hacer aquí investigaciones muy detalladas acerca del origen de los sacrificios. Basta saber que según el testimonio de la Sagrada Escritura y según los testimonios humanos, se encuentra el sacrificio por todas partes en los orígenes de la historia, y que en todas partes se le considera como lo más importante y la práctica más elevada de la vida religiosa. Y con razón. Donde no hay sacrificio, la religión ha perdido su constitución y su fuerza; quien se muestra incapaz de todo sacrificio, prueba que ha perdido todo impulso hacia las altas regiones.

No queremos tampoco hacer una teoría del sacrificio; por eso dejamos á un lado la idea del sacrificio en general, y nos limitamos al sacrificio sangriento; trataremos aquí de diferentes clases de explicaciones más ó menos relacionadas todas con la verdadera significación de este acto, el más serio de todos los actos religiosos.

Quieren muchos limitar los sacrificios humanos á meras ejecuciones de criminales, lo cual equivaldría á suprimirlos del número de prácticas religiosas, ó en otros términos, negarlos completamente. Otros los explican desde el punto de vista de la adulación y de la súplica, atribuyéndolos á miras egoístas; es la teoría que llaman de los regalos. Se pretende, dicen, ganar á Dios con un presente á fin de que se muestre generoso con nosotros: pero ¿cómo expli-



car entonces el hecho de ser el mayor número de sacrificios, no sacrificios de súplica, sino sacrificios de expiación? ¿Cómo explicar los sacrificios humanos? No lo comprendemos.

Todavía es menos noble la llamada teoría de los alimentos, según la cual cada sacrificio no es otra cosa que un tributo ofrecido á un dios famélico, la ofrenda de lo que es generalmente considerado como sus manjares favoritos. Si pretende esta opinión dar una prueba de lo profundamente que puede caer el espíritu humano cuando se pone en contradicción con la fe, verdaderamente lo consigue; que no espere, pues, ni una palabra de refutación seria.

Más elevada es la teoría del homenaje: tiene algo de verdad; pero no explica la muerte y la sangre al servicio de esa acción religiosa, la más alta que existe. La teoría de la renunciación es también exacta, si se considera el sacrificio en su más extensa significación, especialmente en su significación primera, si bien para comprender cómo pudo llegarse al sacrificio sangriento cuyo gasto hacia la sangre humana, necesitamos penetrar más adelante.

**2. Un ejemplo notable de error de la ciencia incrédula.**—Desde el principio se ponen en guardia contra una explicación lógica. Tales explicaciones, dicen, parten de miras preconcebidas y frecuentemente arbitrarias; el único medio verdadero de explicar los fenómenos de la vida religiosa y de la civilización es el realismo, son las ciencias naturales, y, á lo más, la historia. Basta considerar el estado natural desde el punto de vista etnográfico y filológico relativamente al grado de civilización del hombre, para que aparezca por sí mismo el origen de los sacrificios sangrientos, sin necesidad de las sutilezas inventadas por los teólogos.

Detengámonos un momento, y veamos cómo esas ciencias ha poco invocadas, ciencias las más inciertas y por lo mismo las más presuntuosas de todas las modernas, se portan al tratar aquella cuestión. Tendremos con ello la triple ventaja de comprobar con certeza su carácter in-

ofensivo, de penetrar las invenciones arbitrarias con que la etnografía y la psicología de los pueblos disponen á su talante el llamado estado natural del hombre, y de examinar al propio tiempo las explicaciones modernas sobre el origen de la religión.

Para explicarnos cómo se le ocurrió al hombre la idea de los sacrificios sangrientos nos conduce Bastián entre los salvajes. Uno de esos hombres, dice aquél en solemne lenguaje, <sup>(1)</sup> ve un león salir de entre las malezas; poseído de su regio poder, el animal mira en torno suyo; al oír su rugido, queda el hombre helado de terror, y en cuanto advierte que la fiera se dispone á atacarle, se salva lleno de espanto. Atacado, se defiende, pero no tarda en ser derribado en tierra. Ve á sus hijos hechos pedazos; siente—procuraremos hacer un poco más claras las palabras nebulosas de Bastián—lo débil que es ante más elevados poderes, y este sentimiento de subordinación á fuerzas naturales más poderosas, le hace creer resueltas ya las cuestiones que le preocupaban desde hacía largo tiempo. Esto va á prisa; nuestro hombre de naturaleza discurre de un modo mucho menos realista que un profesor moderno.

Pero ¿dónde adquirió su lógica ese caníbal que acaba de salir del reino de los monos? ¿Cómo el hombre animal de las selvas primitivas, que sólo obra en virtud de groseros instintos, llega de repente á cuestiones relativas á cosas sobrenaturales, y aun á cuestiones que desde hace largo tiempo le inquietan? Evidentemente hay aquí enigmas que no son explicados, y se ha saltado por encima de abismos: el mismo Bastián opina sin duda alguna que la desgracia enseña á orar; ¿cómo no saca la consecuencia? Por desgracia parece que ese acontecimiento, cuyo primer efecto fué hacer que nuestro hombre de naturaleza resolviese tan pronto sus dificultades, haya alterado algo su inteligencia; pues cualquier cordero, aterrado por una primera visita de aquel rey del desierto, se apresuraría á huir cuando se presentara por segunda vez. Pero ¿qué ha-

(1) Bastián, *Der Mensch in der Geschichte*, (Psicología) I, 169 y sig.



ce el hombre natural de Bastián? Espera temblando, dice éste, otra visita de aquel ser, que no considera tan sólo con asombro mezclado de terror, sino á la vez como un ser poderoso y temible. Busca la manera de hacérsele propicio, y se dice: este señor de la selva tal vez estará irritado. Como tiene por costumbre acercarse de rodillas á su rey, se prosterna implorando gracia la primera vez que el león vuelve á aparecer. Por lo visto aquellos semihombres tienen ya, no solamente lógica, sino gobierno y reyes también; pero aquélla no surtió buenos efectos, pues lo que el hombre de Bastián consiguió fué ser más fácilmente presa de la rapacidad leonina.

Lo cual es muy sensible, pero fácil de comprender, dada su ignorancia. ¿Se detendrá allí? En manera alguna. Si se tratara de un animal, que, no obstante sus precauciones, llegara á ser presa de los lobos, sería inútil continuar filosofando; para el hombre de naturaleza medio animal, que su irracional tontería hace caer en las garras del león, no hace más que empezar, al decir de Bastián, la solución de las cuestiones que le preocupan. En esto vemos los efectos de la lógica; pero continuemos.

Una serie de reflexiones, prosigue Bastián, lleva al salvaje á conocer la naturaleza carnívoras del león. ¿Por qué no? Entre los dientes ó en el estómago de esa fiera, que se convierte en un ser tan funesto para la historia de la religión, no faltan ocasiones al nuevo Jonás para entregarse á tales investigaciones. No se le ocurrió desgraciadamente al salvaje, cuando sus hijos fueron despedazados por el león, la idea de que sus dientes significaban una naturaleza carnívora; pero ahora, después de haber sido él mismo presa de su voracidad, una reflexión constante le induce gradualmente á descubrir esa poco amable cualidad. Pero ¿de qué puede servir este descubrimiento á la pobre víctima del monstruo? Bastián nos da también la respuesta; aunque la fiera salvaje no hubiese comido carne todavía, fácil le será á la víctima conjeturar que la presa arrebatada, y en este caso es el salvaje mismo, está desti-

nada á ser el alimento del león, y servirá para aplacar su hambre; ó cuando menos como exacción de un tributo. En todo caso, aquello sugerirá al hombre el medio mejor para salir del paso, y acabará por sustituir á sus propios hijos hechos pedazos con animales domésticos. Tal vez todo esto es abusar un poco de nuestra credulidad; pero Bastián y el hombre primitivo no se paran en semejantes bagatelas.

Muy pronto, dice después, no esperará el salvaje la aparición del león; sino que cuando resuene durante la noche un rugido en el bosque, creará oír la voz de los demonios reclamando una víctima, y colocará una cabra ó una vaca en los sitios donde acostumbran á cazar. La divinidad será entonces aplacada por la víctima; pero en cuanto á la idea de Dios, no existe. Así lo dice Bastián.

El pobre hombre de naturaleza, evidentemente, perdió el conocimiento cuando hacía esas reflexiones en la boca del león; por eso no debemos tomarle á mal esos saltos aventurados, peligrosos, que le llevaron de un golpe desde el león y su rugido á los demonios, á la divinidad, á los sacrificios y á la religión, sin llevarle, no obstante, á la noción de Dios. Todo eso se dice pronto, pero no da muchas explicaciones. ¿Quién sabe lo que nosotros haríamos también en semejante situación? Ese trance, que en manera alguna deseamos á M. Bastián, no es el más á propósito, aun tratándose de espíritus despreocupados como el suyo, para discurrir acerca de la religión y de la idea de Dios.

Pero el célebre etnógrafo no llegó todavía al término de su demostración; dos cosas faltan á la explicación que dió hasta ahora. ¿De dónde procede la idea de Dios, sin la cual ningún sacrificio puede existir, y de dónde proceden los sacerdotes que en todas partes están relacionados con el sacrificio? No vacila Bastián en manifestarlo, y de una manera sencillísima. Son, dice, <sup>(1)</sup> circunstancias puramente ocasionales las que hacen que un salvaje persiga un animal ó que le adore, que le ofrezca un sacrificio para aplacarle ó

(1) Bastián, *loc. cit.*, I, 171 y sig.



para darle gracias. El principio siempre es el mismo, y se puede seguirle fácilmente si se quiere. El cocodrilo, por ejemplo, debe llamar desde luego la atención, y muy pronto se reconoció en él un enemigo de los peces. Cuando los hombres que habitaban en la orilla eran bastante diestros para matar ese Leviatán del río, habían conseguido el mejor medio de defenderse contra él; en otro caso procuraban aplacarle con sacrificios y agasajos. Entonces se convirtió en un dios, no porque se hubiera querido hacer de él un dios, sino porque la situación anormal en que el hombre se encontró respecto de él, hizo nacer sentimientos vagos y oscuros de que brotaron los sentimientos religiosos. Así dice textualmente Bastián.

Creemos haber llegado á la fuente propiamente dicha de la idea de Dios; esta tentativa resulta, pues, de que todas han fracasado para despojar al león de su naturaleza carnícora, y al cocodrilo de su naturaleza dañina para los peces.

De esa manera, concluye Bastián, se explica el origen del sacerdocio. Siempre y en todas partes hay hombres superiores que se aprovechan de los errores y de las debilidades de los demás; habría sido indispensable que las cosas hubieran pasado de un modo extraño para que no se hubiera producido el hecho. Testigo el pueblo de la solemnidad con que los sacerdotes alimentaban un animal, de que sacaban provecho, y viendo cómo le adornaban las orejas con oro y piedras preciosas, según la costumbre que había en Tebas y en las orillas del lago Mœris, sucedió que aquellos sacerdotes debieron hacer que apareciese en una luz extraordinaria aquel ser á los ojos del hombre vulgar, habituado á matar los animales, ó á guardarlos en el pasto. Y como ese hombre ignorante y grosero, lo mismo que los demás, no podía resolver en una serie de causas y de efectos la cuestión del por qué, todo lo relativo á los animales sagrados tomó proporciones anormales.

Si los devotos comprendían que el animal era alimentado para no dañar á los peces, inevitable era que encontra-

sen pronto una nueva relación lógica, y le ofreciesen parte de una pesca abundante; pero si el animal podía proporcionar peces, ¿por qué no habría contribuído también á procurar otras ofrendas, especialmente de los extranjeros, que los sacerdotes evidentemente no despedían del templo sin haberles prodigado consuelos? Con esta explicación, que, traducida en prosa llana, hace pasar á los sacerdotes por estafadores refinados y por explotadores de la credulidad y de la tontería humanas, con sus cajas santas y las comidas ceremoniosas dadas á los animales, acaba este ingenioso ensayo de una filosofía de la religión.

Pedimos perdón á nuestros lectores por habernos atrevido á importunarles con explicaciones tan poco interesantes; nosotros mismos estamos avergonzados de haber perdido el tiempo en consideraciones tan indignas, por no decir tan pueriles; pero es indispensable que se vea lo que da de sí una falsa ciencia; sin eso, podría suceder que espíritus delicados, conociendo muy poco la realidad, creyesen que el defensor de la fe cristiana se excede cuando á veces emplea términos un poco fuertes. Por otra parte, una torpeza tan ridícula en los incrédulos debe llenarnos de calma y de confianza. ¿Cómo tales farsas carnavalescas, que nadie puede tomar en serio, podría explicar una práctica religiosa que tiene entre todas el carácter de seriedad más conmovedora, una práctica por la que ha sacrificado la humanidad millones de animales, y vertido á torrentes su propia sangre, y en muchos casos la más noble?

He ahí, pues, la erudición con que se procura destruir las bases de nuestra fe, nuestras creencias en Dios, en la religión y en el sacrificio. Necesario es que estas doctrinas sean muy serias; que haya, especialmente en la idea del sacrificio, una verdad terrible, para que algunos escritores comprometan de ese modo su valor científico, con la única intención de sustraerse á los principios de la fe.

**3. Significación del sacrificio sangriento.**—Si, los sacrificios sangrientos son la expresión de una convicción aterradora que toda la humanidad manifestó uniforme-



mente de generación en generación, de un confín al otro, sacrificando sus más caras afecciones con crueldad imperdonable, con inaudita prodigalidad de bienes, de sangre y de vidas.

El hombre, nos dicen los sacrificios sangrientos, se hizo pecador, y como tal, está manchado, impuro, cubierto de faltas. Aun el pueblo más frívolo de todos, el pueblo griego, que en la vida ordinaria olvidó tal vez más que otro alguno esta verdad, había conservado, á lo menos en su idioma, el recuerdo de aquella creencia en una época mejor. Designando con el nombre de purificación los sacrificios sangrientos, <sup>(1)</sup> daban á entender con bastante claridad que estaban manchados é impuros aquellos por quienes se ofrecían. Pero, ¿por qué sacrificios sangrientos? No se puede dudar mucho de su significación; según la convicción general, en la sangre reside la vida; <sup>(2)</sup> varios filósofos antiguos <sup>(3)</sup> Critias, <sup>(4)</sup> por ejemplo, llegaban á considerar la sangre como el alma misma.

Por tanto, al derramar sangre en el sacrificio, se quería dar una vida para lavar la mancha; se creía que, fuera de la vida, ningún otro medio era suficiente para realizar la purificación, y que la divinidad irritada no podía ser aplacada sino por la ofrenda de la vida. Esa idea tal vez no era tan claramente expresada en parte alguna como entre los persas; <sup>(5)</sup> éstos inmolaban el animal destinado al sacrificio, pero no daban ni un solo trozo á la divinidad, porque, decían, ésta no exige más que la vida.

Aunque otros pueblos no tenían tan profundas miras, creían, sin embargo, cuando se trataba de sacrificios sangrientos, que el hombre pecador aun tenía un castigo, y que no realizaría la expiación si no ofrecía el sacrificio de su sangre y de su vida. También los romanos distinguían de los demás sacrificios aquéllos en que ofrecían la vida de

- (1) Schol. in Aristophan., *Plut.*, 454; *Acharn.*, 44.
- (2) Levit., XVII, 11, 14. Orígenes, *Princip.*, 2, 8, 1.
- (3) Clemente Alex., *Pædagog.*, 1, 6, 39.
- (4) Aristóteles, *Anima*, 1, 2, 19.
- (5) Strabón, 15, 3, 13.

un animal, y únicamente á ellos se referían cuando hablaban de sacrificios en el sentido propio de la palabra. <sup>(1)</sup>

Por manera que en los sacrificios sangrientos se expresa la creencia de que el hombre está manchado á los ojos de Dios, y la convicción de que se hizo digno de muerte, y no puede obtener su perdón más que sacrificando su vida.

**4. La idea de la representación del hombre en el sacrificio sangriento.**—Pero como el hombre no tiene derecho á darse la muerte, se le ocurrió ofrecer una compensación por su vida, para dar la cual carecía de derecho; de ahí proceden las mutilaciones personales de que hemos hablado ya; si no se podía derramar toda la sangre hasta perder la vida, se quería á lo menos dar una parte.

De ese concepto proceden las flagelaciones que fueron aplicadas en Esparta á los jóvenes de un modo tan terrible, que á veces les costaba la vida. <sup>(2)</sup> Sería un grave error no considerar eso más que como un medio de fortalecerse endureciéndose; el hecho de que ese tratamiento se empleaba ante el altar de Diana indica ya un fin religioso, y es de notar que se relacionaba también con una antigua respuesta del oráculo ordenando para expiar un gran crimen rociar ese altar con sangre humana: <sup>(3)</sup> prácticas semejantes había en Alea, de Arcadia, ante el altar de aquella diosa, lo que, según Pausanias, tenía la misma razón de ser que en Esparta. <sup>(4)</sup> Las terribles flagelaciones con que los aroaquis del Brasil celebraban sus funerales, <sup>(5)</sup> y las torturas horribles que los indios de la América del Norte <sup>(6)</sup> practicaban en sí mismos, indican también que se procuraba una compensación de la muerte por medio de sacrificios sangrientos.

- (1) Macrobio, *Saturn.*, 3, 6.
- (2) Plutarco, *Lycurg.*, 18, 2.
- (3) Pausanias, 3, 16, 10.
- (4) Id., 8, 23, 1.
- (5) Marcio, *Ethnographie und Sprachenkunde Südamerikas*, I, 694 y sig., cf. I, 410 y sig.
- (6) Catlin, *Manners and customs of the North-American Indians*, I, 161 y sig., 169 y sig., 232; II, 243.